

Ya han pasado varios meses desde la mañana en que abatieron la vida física de Julián Grimau las balas de aquel piquete de Wad Ras. Pero aún no se ha extinguido la protesta. Ni en España, bajo su aparente silencio, ni en esas latitudes de extrafronteras que, desde este país inclaustrado, nos parecen, a veces, tan lejanas. Nos lo dicen las renovadas voces de cólera en todos los idiomas, esas calles del mundo a las que se da su nombre y, hoy, ese raptó en Venezuela que sus autores han titulado « Operación Julián Grimau ».

Ocurre así porque esa descarga no sólo hirió la conciencia de un pueblo; fue un atentado a la conciencia de la humanidad.

Fue uno de esos crímenes de postrimerías, con frecuencia los más irritantes y, casi siempre, también los más inútiles. De inútil se le calificó por muchos en su día: 20 de abril. Otros, intentando matizar más, dijimos que respondía a un falso cálculo del dictador. Hoy, a meses vista, podemos comprobar que, efectivamente, el cálculo era erróneo.

¿ Qué se proponía el general Franco — el crimen lleva su sello personal — al decidir el fusilamiento de Grimau ?

En primer lugar, frenar la acción de las masas contra la dictadura. La sentencia capital y la ejecución fueron dictadas tras las huelgas de abril y mayo de 1962: centenares de miles de trabajadores en acción. Fueron dictadas tras una sucesión de manifestaciones estudiantiles, de documentos de protesta avalados por las firmas de los intelectuales españoles más prestigiosos, de conferencias en las cuales al significado cultural se unía el político. Se quiso que la descarga de Campamento diera un alto inapelable a todo eso. Y este objetivo del fusilamiento, probablemente se ha desestimado un tanto en ciertos análisis.

A Franco, hoy ya no le es posible hacer frente a las acciones multitudinarias con aquel método típicamente fascista que consistía

en ejercer un terror a su vez masivo. Sigue empleando procedimientos de represión extraídos del repertorio nazi-mussoliniano-falangista, pero ése ya no es viable. Hace tiempo que ejerce — hasta donde se lo permiten la astenia del régimen y las limitaciones de su aparato policíaco — un terror más selectivo. De ahí el huroneo, por un lado, en busca de grupos organizados de los Partidos de oposición — de la izquierda de la oposición preferentemente — y de trabajadores capaces de encabezar acciones. Y su impotencia, por otro, ante las masas en la calle, ante millares de huelguistas y ante los intelectuales conocidos que manifiestan su oposición a la dictadura. Fusilando a Grimau, Franco pretendió intimidar a la masa por la calidad política de la víctima.

Franco se propuso también restablecer, con esta sangre, la línea divisoria de la guerra civil, atar a su persona, con los lazos del crimen, a los grupos políticos que forman la base de su régimen en descomposición y que hoy, sosteniéndole unos todavía, tolerándole otros simplemente, se reducen, se disgregan, se enfrentan entre sí y, en su mayor parte, se agitan buscando fórmulas de sucesión al poder de Franco que resulten favorables a sus intereses de grupo.

También a eso — consecuencia de lo otro, de la acción de las masas — quiso Franco darle alto con la descarga de Campamento.

En cuanto al primer objetivo, basta con tener presente la actual huelga asturiana — en su 39º día cuando redactamos esta nota, y que no es la única acción de masas librada del 20 de abril acá — para advertir cuan rotundamente ha fracasado.

En cuanto al segundo, ahí está, vivita y voceando, la discusión entre los grupos del régimen acerca del, para ellos, morrocotudo problema de la sucesión. Ahí está en la Prensa, en las salas de conferencias, en los salones de los Consejos de Administración y en los cuartos de banderas el debate permanente sobre los cambios, cada día más insoslayables, sobre su alcance y sus formas. Debate que resurge y se ahonda en torno a las cuestiones más diversas: las huelgas, la viabilidad de los actuales sindicatos, la encíclica última, la entronización del cardenal Montini al Pontificado, la firma del tratado de Moscú y las sombrías perspectivas de un régimen como el de Franco en un mundo en el cual la coexistencia pacífica va comiéndole el terreno a la guerra fría...

Prosiguiendo su empeño de intimidar a las masas por medio de ciertos actos represivos espectaculares, Franco ha ejecutado últimamente a dos jóvenes de filiación anarquista: Francisco Granados Gata y Joaquín Delgado Martínez, acusados de la colocación de

sendos artefactos explosivos en dos centros oficiales de Madrid. En este caso, el dictador ha calculado poder utilizar, en favor de su propósito, la *disconformidad* que estos métodos terroristas de lucha suscitan en la mayor parte de la población española.

Sin embargo, también esta vez el propósito ha resultado fallido. Tras la doble ejecución, la huelga de Asturias ha continuado y se ha extendido a la cuenca minera leonesa; las reclamaciones en las fábricas no han cesado, y el debate — ese debate *sucesorio* que tanto irrita al que ha de ser sucedido — prosigue como antes...

Tal vez, esta nueva barbaridad sólo haya servido para levantar en diversos países nuevas protestas contra un régimen capaz de condenar a hombres a la pena capital sin pruebas, de juzgarlos sin la menor garantía procesal y de ejecutarlos a garrote vil... de darlos una muerte que, a esta altura de los tiempos, envilece no a quien la recibe, sino a quien la decreta.

La oposición — que nosotros compartimos — a los actos terroristas de que se incriminaba a los acusados, y que, por otra parte, éstos negaron, no ha impedido, pues, un vivo sobresalto de indignación ante estas incalificables ejecuciones.

Manuel Moreno Barranco era un poeta joven. Quería hablar, decir su cosa o su cosita, para expresarlo con un giro de su tierra. Apenas llegó a decirla. Cuando acababa de abrir la boca le macharon a golpes en una cárcel andaluza. Casi no le conocíamos. Es algo así como el poeta desconocido de ese largo martirologio de poetas, de escritores, de artistas españoles que se abrió con aquella otra descarga de Granada.

Como es sabido, cincuenta intelectuales dirigieron una carta al ministro de Información protestando contra esta muerte. Muerte a garrote también. Garrote a secas. Pero otra característica de los métodos represivos actuales — propia de un régimen sobrepasado, a la defensiva — consiste no en exhibirlos, sino en negarlos. En su respuesta, el titulado, por antífrasis, ministro de Información — una de las figuras más desairadas de la España oficial, tan fértil en ellas-declara no hallarse informado. En realidad, su desinformación llega hasta el punto de afirmar que la Policía española no le pone la mano encima a ningún detenido.

Si algún día se hace — que se hará — la antología del cinismo franquista, esta respuesta habrá de insertarse en ella.

Hasta aquí, la acción de los intelectuales contra la represión ha sido importante. Sería miope calibrarla ateniéndose exclusivamente a los resultados concretos obtenidos en cada caso y no por su

resonancia nacional e internacional: o lo que es lo mismo, por su poder de movilización.

Todo indica que esta acción se acrecentará. Contra las detenciones y las violencias policíacas; contra el empleo de tribunales militares en los procesos políticos; por la amnistía. En suma: por la libertad y por las libertades. Asunto general y asunto propio. Pues ya sabemos que las libertades que los intelectuales necesitamos no podrán existir sin la desaparición de todo eso otro...

*Jesús Izcaray*